

• El jefe les invita a una cacería de caballos con lazo. Cubillo las pasa negras a caballo y Pirracas lo mismo. Además se acababa el día y ellos no habían almorzado ni comido.

—Oye, Cubi, ¿se habrán creído los indios estos que nosotros nos mantenemos encima del caballo?

—¡Cállate, «ambrosio», no seas mal educado, sólo piensas en comer;



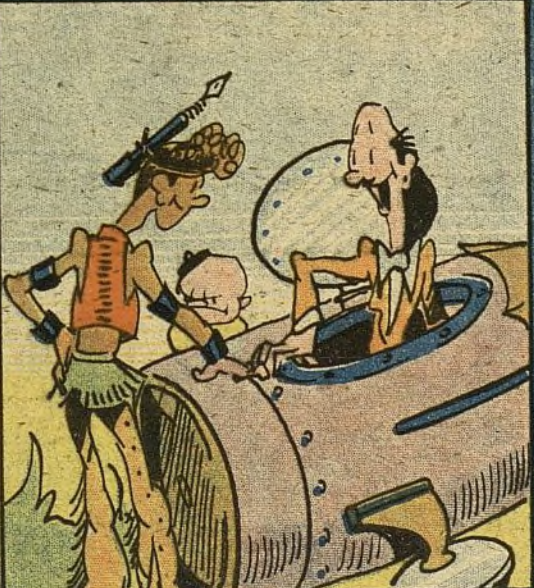
además las sorpresas alimentan! Regresan al campamento los cazadores. El jefe logró cazar un búfalo recién nacido. Cubillo cogió una insolación y Pirracas cazó un constipado por beber agua sudando. Aquella noche durmieron como dos gusanitos de seda. Y al otro día devuelven al jefe la invitación a bordo del «patiplano» que se eleva con más bríos que nunca y con un nuevo pasajero: fué una risa con él, a lo primero le daba miedo y a lo segundo también. En pleno vuelo, Cubillo se cansa de ir encogido. Abrió la escotilla, se puso un moderno gorro

de aviador, que él mismo se hizo un domingo mientras oía la radio, asomó su cabeza, el viento intentaba guillotinarle, el «patiplano» navegaba entre las olas de nubes—llovía menudito—y en esto Cubillo que saca la lengua. ¿Tendría sed? Pirracas le observa y alarmado le grita desde dentro:

—¡Cubillo! ¿Eres tonto? ¡Mete la lengua, que te se va a mojar!

—Tengo sed ¿sabes? A ti que te importa. El «patiplano» acortó la velocidad, mientras Cubillo seguía haciendo burla a la tierra. Por fin obedece a Pirracas, cierra la escotilla, vuelve a sentarse estilo árabe y medita en voz alta.

—El tonto no se



da cuenta de que es tonto, yo me doy cuenta de que lo soy, así que, no soy tonto. Vive el silencio. Cubillo mira las manillas sin dedos del reloj de techo que hay en la parte alta de la original y moderna cabina; las manillas le dicen que son las tres y media.

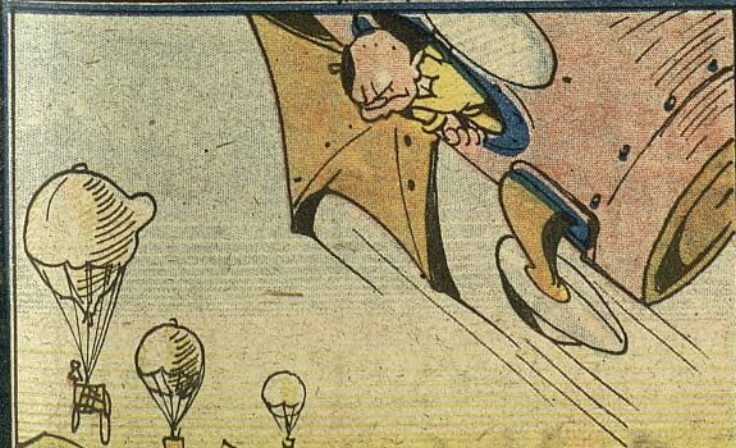
—¡Ay! ¿Qué es hoy?

—Pues eres el mecánico más piloto de todos los inventores de su invento.

—Si digo que qué es hoy.

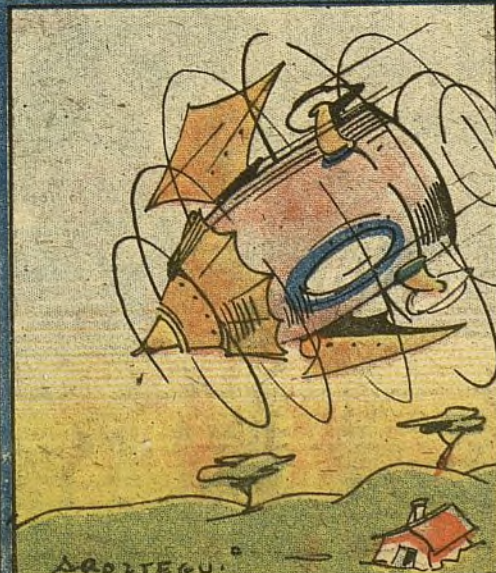
—¡Ah! perdónamelo; voy a mirarlo en el calendario atmosférico.

Abre la ventana redonda, asoma su cabecita «azepelinada» y deja caer sobre la tierra unas cuantas risas, más abajo, ve unos globos que debían estar haciendo pruebas, Pirracas entra, cierra la ventana redonda y dice: hoy es Jueves, he visto globos.



—¿Jueves? Sí. ¡Ay jueves! Y Cubillo se echó a llorar como un desconsolado muñeco de serrín. El cacique indio, que hasta entonces no había dicho «esta pluma es mía», se emocionó y compadecido le dió a beber hierbas con alcohol.

—Pero hombre, ¿por qué lloras? ¿No te da vergüenza? Eres más tonto que ayer.



—¡Ay, Pirracas! es que ahora estará empezando el festival infantil de «Maravillas» y de «maravillas» en el Cine Bilbao. ¡Quién pudiera estar allí, en nuestros sin par Madrid, para ir al Bilbao y colarnos!

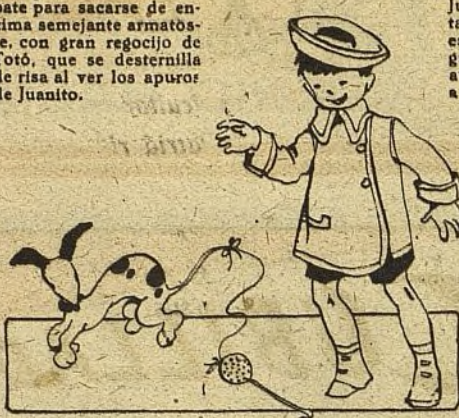
—¡Anda! Mira de lo que se acuerda este ahora.... bueno.... No seas niño, Cubillo; más vale, que te preocupes de cuánto tiempo estaremos volando. Toma el «volantil» en tus manos y curva el aparato, que tenemos que dejar a este señor en su barrio.

—Tienes razón, Pirracas. Y diciendo esto, da órdenes a sus ojos para que no lloren más, toma el «volantil» en sus manos, le retuerce dándole vueltas y el «patiplano» se lia a hacer circunferencias sobre un fondo verde obscuro y bajo un cielo azul claro. —Gloria Fuertes.

¡Pero qué malo es Totó! No es malo, sino malísimo. No tiene idea buena, ha cogido por su cuenta a su perro Juanito y le ata a la cola una vieja espumadera.



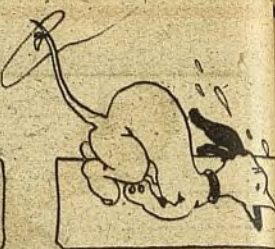
El pobre Juanito se debate para sacarse de encima semejante armatoste, con gran regocijo de Totó, que se desternilla de risa al ver los apuros de Juanito.



No tiene nada de particular que el perro se llame Juanito, pues es tan listo, que estoy casi segura que aventaja a su amo.



Sigámosle en su loca carrera... seguramente tiene ya formado su plan, pues se dirige como una bala se-



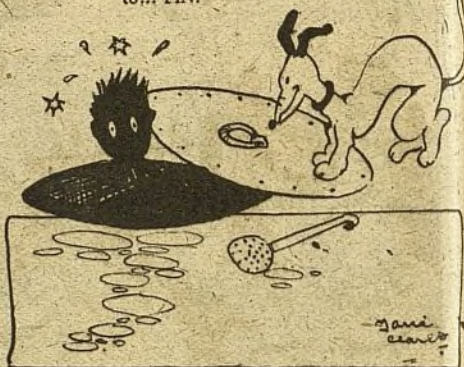
guido, naturalmente, del angelical Totó, que no quiere perder nada de tan divertido espectáculo pero no se da cuenta...



que el espectáculo lo da él, que cae como un plomo a la alcantarilla abierta por la habilidad de Juanito y con la ayuda de la espumadera.



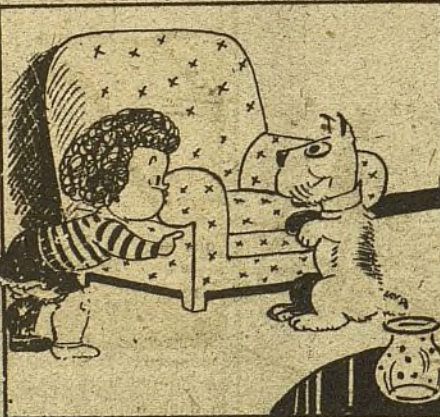
Y como si nada hubiese pasado, se acerca para oler a su amigo. Verdaderamente, debe ser la única manera de reconocerle, pues por el aspecto... FIN.



Aventuras de un perro



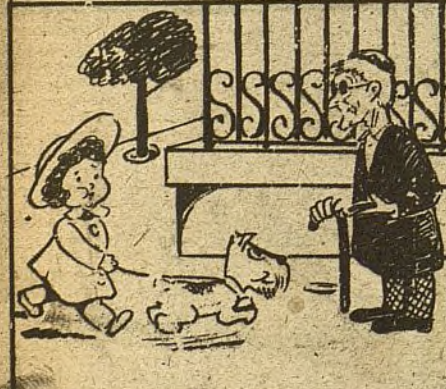
—Chispal... ¿Dónde te metes?... Mi amiguita Tina me llama y al oírlo corro hacia ella, meneando el rabo. Los perros no podemos hablar como los hombres, pero tenemos nuestro lenguaje especial, que entienden muy bien los que nos quieren y por eso sabe Tina perfectamente, que cuando muevo el rabo quiero decirle que estoy contento. Bueno; si me vierais



ahora, no me conocéis. He cambiado mucho. Ya no parezco un ovillito y la cesta de labor no me sirve de cuna, pues he crecido mucho. Además todo el cuerpo se me ha cubierto de blancas lanas y estoy muy abrigadito en estos días tan fríos de invierno. Pero... —(Chispal)— me dice Tina — vamos a salir a dar un paseo. Chacha Pepa ya está lista y yo



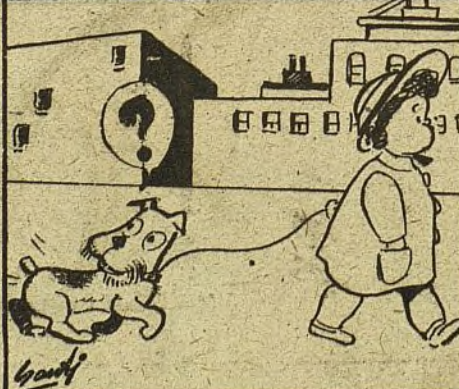
también; ahora faltas tú. Ven, Tina lleva también como yo un abrigo de piel blanca, pero el suyo no es como el mío, que lo tengo puesto de día y de noche, pues ella se lo quita siempre que quiere. Con su manecita sujeta una cadena en mi collar. Eso me molesta un poco, pues yo veo por las calles muchos perros que van sueltos y me parece tener poca confianza



en mí, como si yo pensara escaparme, con lo a gusto que me encuentro en esta casa. Aquel día me siento más rebelde que nunca, creo ver ya la cara burlesca de mi amigo Belmonte, el perro de un ciego que él que todos los días echo a pararse en el parque, a donde vamos a pasear Belmonte es el perro más bueno que he conocido. Se pasa horas y horas al lado de su



amo, un viejecito de cabellos blancos y piel amarillenta, teniendo entre los dientes una bandeja. Yo creo que Belmonte es tonto... A mí me parece que debe ser muy aburrido eso y que es más divertido el correr y jugar, como hago yo. Pero Belmonte quiere a su amo y prefiere ser como se va llenando la bandeja. ¡Ay!... ¡Ay!... ¡Ay!... mi amigo no ocupa su puesto... El pobre vie-



cito está sólo y la bandeja que tiene a su lado está vacía... Eso me da mucha pena y casi me entran ganas de quedarme allí, haciéndole compañía. Pero luego pienso en Tina... y comprendo que será un idiota en quedarme allí aburrido como una ostra. Pronto correremos los dos por las avenidas del Parque y luego la veré jugar con sus amiguitas. —Carmen Martel. (Continuará).

Doctrina y ESTILO

Revolución

También quiero recordaros esta palabra.

Estoy seguro de que vosotros no os asustaréis de ella. Recordad esta frase de José Antonio.

«España está reclamando una revolución, pero una revolución que tiene dos venas: la vena de una justicia social profunda, que no hay más remedio que implantar; y la vena de un sentido tradicional profundo, de un tuétano tradicional español, que tal vez no reside donde piensan muchos y que es preciso rejuvenecer». ¡Bendita

revolución la que ha de traernos esas dos cosas! Primero, la justicia social, que dará al trabajador trabajo, al talento facilidades para desarrollarse, a la fatiga descanso, al agricultor medios para realizar sus labores, al vago disciplina, al parásito corrección, a la Patria riqueza y bienestar; y a todos bienestar, protección y confianza.

Después un sentido tradicional más profundo, es decir, un conocimiento claro del alma de España, un amor ferviente a todo cuanto la integra, un anhelo siempre alerta de conocer sus bellezas, y los rasgos fundamentales que la

caracterizan; un orgullo santo de sentirse y llamarse español y un gran espíritu de sacrificio para

laborar por la gloria de la Patria y la expansión de su espíritu. ¡Bendita revolución la que tiene estos dos fines! Prometed desde ahora vuestra adhesión incondicional a ella; vuestro propósito de luchar intrépidamente en ese glorioso ejército de revolucionarios.

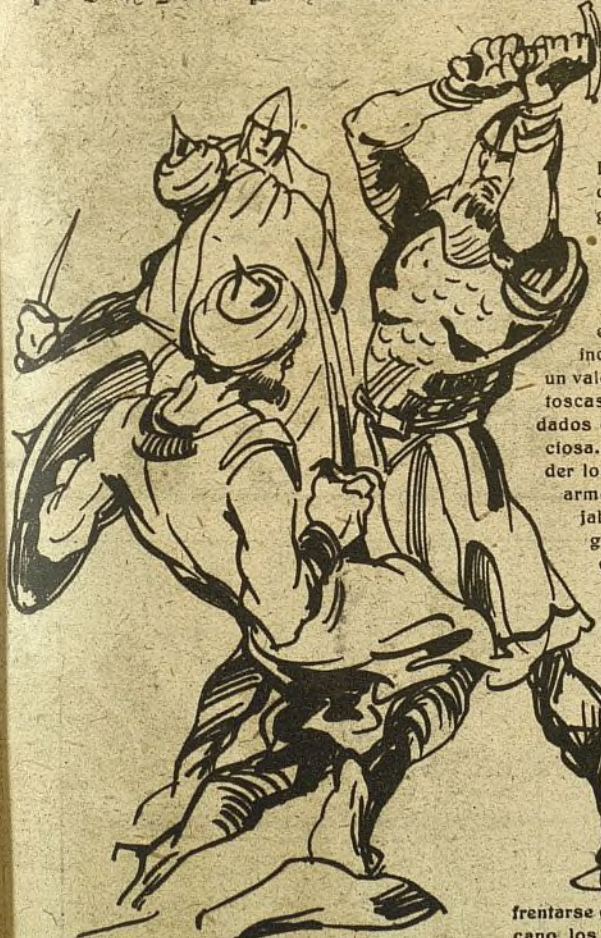


Héroes de la Patria

Por Fray Justo Pérez de Urbel

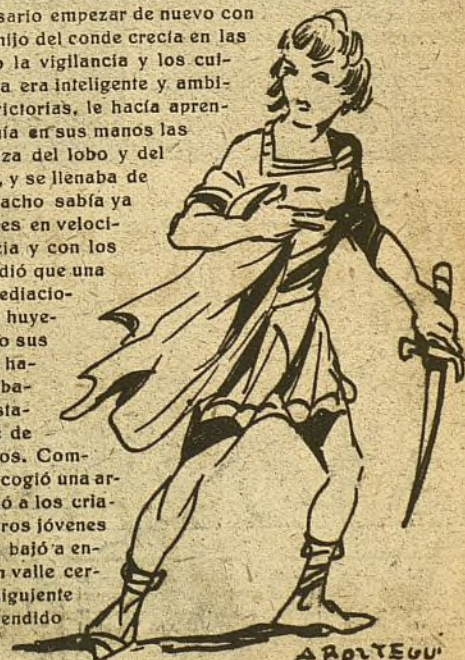
El Buen Conde

Ilustraciones de Aróztegui



III. — Juventud lozana. —

El conde Gonzalo lucha sin tregua en las riberas del Arlanza y del Duero. Era el capitán de la frontera. Su condado se ensancha a fuerza de sangre y de fatigas. Conquista nuevas plazas y se esfuerza por establecer en la frontera con los musulmanes, una línea fuerte de castillos. El Duero era el foso que separaba a moros y cristianos, el Duero flanqueado y erizado de fortalezas. Y mientras el conde guardaba vigilante la línea fronteriza, atrás se organizaba la vida: nacían las aldeas, florecían los viñedos y los trigales, se alzaban las iglesias, se ampliaban los privilegios y las libertades, surgían los monasterios, y en derredor de ellos, bajo su amparo, empezaban a formarse los municipios. Era aquel un vivir austero y fuerte, curtido por la lucha y fatigado por el sobresalto continuo de la aparición del moro. Muchas veces, en medio de las faenas del verano, el moro rompía la línea defensiva y se derramaba por el país saqueando, matando, incendiando y destruyendo. Y era necesario empezar de nuevo con un valor siempre renovado. Entretanto, el hijo del conde crecía en las toscas estancias del castillo de Lara, bajo la vigilancia y los cuidados de su madre Muñadona. La condesa era inteligente y ambiciosa. Hablaba a su hijo de luchas y de victorias, le hacía aprender los cantos bélicos más famosos, ponía en sus manos las armas de sus abuelos, le enviaba a la caza del lobo y del jabalí en compañía de sus monteros, y se llenaba de gozo, cuando le decían que el muchacho sabía ya competir con los animales más ágiles en velocidad, con los más astutos en astucia y con los más fuertes en fortaleza. Y sucedió que una vez los moros llegaron a las inmediaciones del castillo de Lara. Las gentes huyeron aterrorizadas, desamparando sus poblados, porque el conde se hallaba lejos de allí con sus caballeros. Pero el hijo del conde estaba allí. Era un adolescente de trenzas rubias y lleno de bríos. Compadecido de los fugitivos, cogió una armadura de su padre, armó a los criados de su casa y otros jóvenes de aquella tierra, y bajó a enfrentarse con los invasores. Los encontró en un valle cercano, los acometió lleno de coraje, y al día siguiente



volvía a su castillo cargado de despojos y blandiendo la espada del jefe moro a quien había dejado tendido en el campo de batalla. Orgullosa de esta proeza juvenil, y en recuerdo de ella, su madre levantó en el lugar del combate una iglesia en honor de San Lúirce, que existe todavía. Fué el día de San Lúirce, cuando Fernán González alcanzó su primera victoria. — (Continuará).

**¡¡ATENCIÓN, ATENCIÓN!!...AQUÍ,
CATAPÚN CHINCHÓN**



La tierra siguió recibiendo los reflejos de la luna, del espejo de la luna para que no tropezasen los serenos y demás trasnochadores.



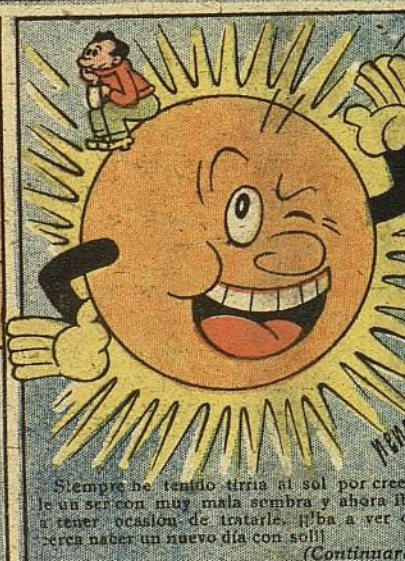
Mientras, yo entretenía a la luna contándole chistes usados y entonando canciones como el «No me mates con tomate...». Así el tiempo se pasaba más de prisa que el arroz guisado... Cuando más distraídos estábamos...



¡qué susto me llevé! Apareció el sol echando de allí a la luna con cajas destempladas y desafiadas. Su misión aquella noche había terminado; ahora le correspondía empezar a funcionar a él. A mí me dijo que podía hacerle compañía si quería. Acepté pensando que no me haría ma-



star un rato en el sol... Di mi mano a la luna
en señal de despedida y a la pobre, con la emo-
ción, se le cayeron las lágrimas y el espejo
Le prometió volver a visitarla cuando tuviese
tiempo y en seguida cortó la despedida. ¡Poco
que no sabía si qué triste es una despedida a



Siempre he tenido tirria al sol por creer
de un ser con muy mala sembra y ahora il
a tener ocasion de tratarle, ¡iba a ver c
cerca nacer un nuevo día con soll!

(Continued)

ESCENAS *de* **BESTAPOLIS**



DESVENTURAS
del
"GANGSTER" PAT O'SHO



AHORA QUE ME ACUERDO, JEFE..
¿QUE HABRÁ SIDO DEL PERRO
"TOPO"?



ME PARECE QUE LE
HEMOS DADO ESQUI-
NAZO...



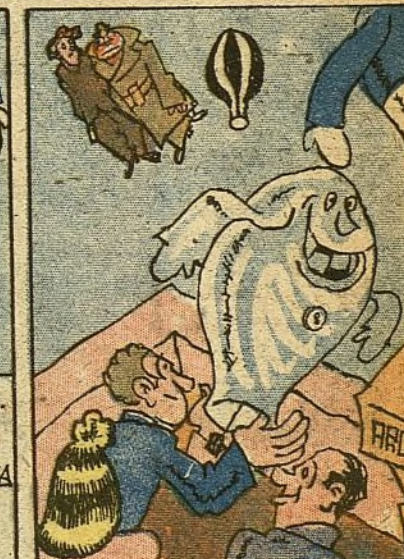
¡HORROR!
UN GUARDIA
FLOTANTE!
¿ES POSIBLE?



LOS DOS REPUGNANTES
BANDIDOS AL VER UN GUAR
DA EN EL AIRE, ELEMENTO
QUE CREÍAN DOMINAR COM-
PLETAMENTE, PIERDEN LA
SERENIDAD...



PERO MIENTRAS AMBOS SE
JETOS TRATAN DE ESCAPAR.
FÍJATE BIEN EN EL GUARD
... ES UN GLOBO DE PAPEL...



LOS SUCECOS DE "EL SAGAZ"

TEXTO DE KAL



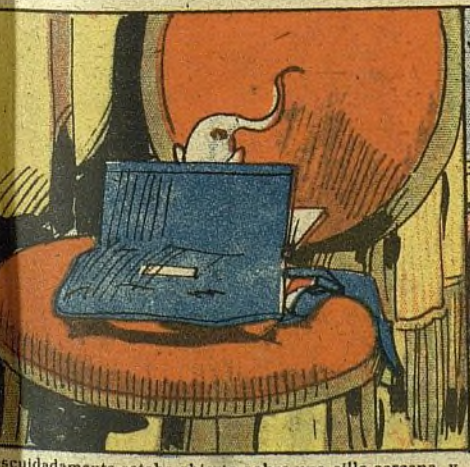
A ambos les sorprendió sobremanera aquel recibimiento inesperado. La policía cacheó a los dos y del bolsillo interior de la americana de «El Mexicano» extrajo el estuche. El falso joyero se desahizó en excusas protestando de aquel hallazgo, alegando que durante el primer cacheo que había sufrido en el hotel, había visto que el alemán no llevaba nada encima. —Esto vamos a ver!



ahora mismo—dijo el jefe—y ordenando quedase a oscuras la sala después de haber sido maniatados los dos bandidos, les mandó sentar y empezó un film interesante. Un cameraman oculto tras una de las cortinas de salón había filmado toda la reunión, sin perder de vista un solo instante al falso joyero y su cómplice Cantos. Sentados en sus sillones los dos malhechores, veían co-



ansiedad el desarrollo de las escenas. Apareció el
mán en primer plano mostrando la alhaja y entonces
cuando se vió claramente que del borde del pantalón
«El Mejicano» salía rápida la famosa ratita blanca y co-
ramándose con agilidad a la americana entraba en el
sillo, apareciendo de nuevo con el estuche cogido en la
boca. Veloz fué a meterse dentro del monedero.



...namente estaba abierto sobre una silla cercana, y pertenecía a la señorita Montal, por cuanto a una imperceptible del joyero ésta lo recogió, y sacando el estuche lo metió con cuidado en uno de los jarrones en la sala se hallaban. Cuando pasó el cacheco de la sala, «El Mejicano» que se había quedado algo rezaca, había recogido a su vez del jarrón el estuche y



de la americana, se había dirigido hacia la puerta. La prueba no podía ser más elocuente. Ambos ladrones estaban anodados, sin saber qué descargos hacer en su favor. Cuando se dieron las luces, el jefe de policía dijo: —Ante la elocuencia de este reportaje secreto, me queda otro deber que apresarlos a ustedes para que



Entonces pasó algo más extraordinario de lo que ha sucedido; el alemán dirigiéndose al falso joyero arrancó la peluca, y quitándole el maquillaje que él llevaba, quedó al descubierto el cobrizo rostro del moso ladrón internacional.

(Continuará).

CUENTO DE MARI-PEPA

EN LA AZOTEA

—¿A dónde vas Rufa?—le pregunté a mi simpática cocinera, que se dirigía hacia la puerta con un balde sobre la cabeza.
—A tender esta ropa lavada en la azotea.
—¡Hec! un sol que es una gloria y no es cosa de desperdiciarlo!

—Subo contigo—propuse en seguida. Yo nunca he estado en la azotea.

—¡Con tal que no se te ocurra tirarte a la calle!—dijo ella sonriendo. Y siguió andando con su balde sobre la cabeza conservando el equilibrio de un modo maravilloso. Yo me fui tras ella escaleras arriba hasta llegar a una puertecita pequeña que daba a la terraza.

—¡Huy qué solillo tan bueno!—exclamé palmeando—¡y qué airecito, y cuántas tortes se ven desde lo alto! Rufa dejó el balde en el suelo y se acodó en el muro, junto a mí, para contemplar el paisaje.

—Ves, aquella torre alta es la Telefónica y allá lejos, la Sierra, toda blanca de nieve....

—¿Y aquel tejadito que acaba en punta y tiene una veleta?

—Eso ya no lo sé.... Y, basta de conversación, que la colada me está aguardando.

Mientras Rufa extendía la ropa blanca y la tendía en las cuerdas, yo me dedicaba a reñitar por todos los rincones de la azotea. Por uno de los lados daba a un patio pequeño al que se abrían las cocinas de toda la casa. La del último piso estaba tan cerca que yo podía ver muy bien todo lo que pasaba dentro. Precisamente estaba una mujer recogiendo los cacharros. Entró un niño de dos o tres años llevando de una cuerda un caballo de cartón. La mujer, distraída se enredó con la cuerda al andar y cayó al suelo rompiendo los platos que llevaba en la mano. Se levantó muy enfadada y, dirigiéndose al niño, empezó a pegarle fuertes cachetes:

—¡Bribón, quien te manda a tí ponerte en medio! ¿Ves tú lo que has hecho? ¡Para que aprendas, toma, toma y toma!

Y le seguía sacudiendo. Yo, llena de indignación por semejante injusticia, no me pude contener y le grité:

—¡Señora, no sea usted tan fiera! ¡Ya podrá con un niño tan pequeño! ¿Por qué le pega si la culpa es de usted, que es una atolondrada?

La mujer se asomó a la ventana, levantó la cabeza y chilló:

—¿A tí quien te mete en lo que no te importa? ¡Si no estuvieses fregando lo que pasa en casa ajena!

Y cerró la ventana de golpe, corriendo las cortinas para que no la viera.

Me separé de allí y me dirigí hacia el lado opuesto de la terraza, que tenía un muro bastante alto. ¿Qué habría al otro lado? La curiosidad me hizo buscar pronto un medio de trepar hasta lo alto y de este modo descubrí la azotea de otra casa mucho más hermosa que la nuestra. Salté a ella para seguir mi viaje de exploración por los tejados. ¡Aquello resultaba nuevo e interesante! Pero pronto oí la voz de Rufa que llamaba:

—¡Mari-Pepa, Mari-Pepa! ¿dónde te has metido?

—¡Aquí!... gritaba yo desde el otro lado del muro. Y la pobre Rufa se volvía loca buscándome por todos lados. Al fin, guiada por mi voz y haciendo verdaderos titeres, consiguió trepar a lo alto del muro y encontrarme.

—¡Válgame Dios! ¡Qué susto me has dado!—suspiró. Si quieres seguir en la azotea tienes que estar a mi lado. Yo voy a sentarme al sol, tú no te muevas de donde yo te vea.

Rufa se acomodó en un viejo sillón de paja que allí había, entornó los ojos y, poco a poco, se quedó dormida. Yo me puse a jugar a jardines con unos tiestos, llenos de tierra, plantados de geranios y cactus, distribuyéndolos a mi gusto, formando con ellos caminitos y plazoletas. Precisamente en medio de la azotea se levantaba a poca altura, una chimenea terminada en seis tubos negros.

—¡Qué bien estaría...!—dije para mí misma. Y llevando a la práctica mi idea encendí seis preciosos tiestos en aquellos seis agujeros.

—¡Azachiss...!—estornudó repentinamente Rufa. Y despertándose sobresaltada se levantó y me dijo:

—Vámonos a casa que está refrescando. Sin darme tiempo para más me cogió de la mano y me arrastró hacia la escalera.

Había transcurrido toda la tarde y estaba anocheciendo. Se abrió de repente la puerta de la cocina y Rufa salió dando grandes gritos. Detrás de ella empezó a salir un humo espeso y negro que iba llenando la casa.

Toda la familia alarmada, acudió a enterarse de lo que pasaba. El humo, cada vez más espeso, iba poniendo negras todas las caras. Se pensó en pedir ayuda. En la escalera había gran revuelo. Las muchachas de todos los pisos llamaban al portero:

—¡Qué nos ahogamos de humo! ¡Debe haber fuego! ¡Qué llamen a los bomberos! Y mientras estos llegaban, cada cual comentaba con su vecina:

—En la vida me ha ocurrido esto! Apenas he encendido la cocina para preparar la cena, un humazo espeso ha invadido la casa, y me ha puesto negra

—¡A mí me ha ocurrido igual!

—¡Y a mí!

—¿No será prudente desalojar la casa?—insinuaba un inquilino miedoso. Pero los bomberos acababan de llegar para tranquilizar de todos y subieron rápidamente a la azotea.

No tardaron en aparecer nuevamente en la escalera, llevando cada uno en la mano una hermosa maceta.

—¿Qué era? ¿No hay peligro? ¿Está todo arreglado?—preguntaban todos los vecinos, extrañados de verlos regresar tan pronto.

—No había más que esto—dijo el jefe de los bomberos, levantando en alto el tiesto de geranios para que todos lo vieran.

—¿Eso?—se preguntaba la vecindad asombrada sin comprender.

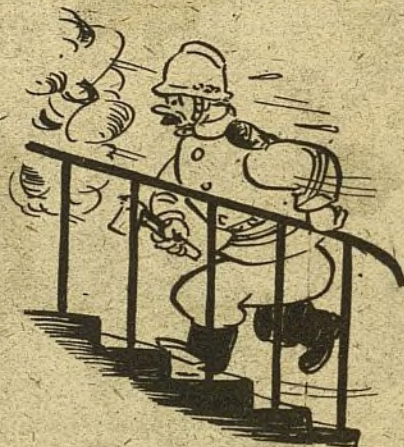
—¡Naturalmente!—explicó el buen hombre. ¡Si toman la costumbre de usar las bocas de las chimeneas como maceteros decorativos, cualquier día se mueren todos asfixiados!

Los inquilinos de la casa seguían sin comprender. Pero yo, horrorizada, me tapé la cara con las dos manos:

—¡Oh!...

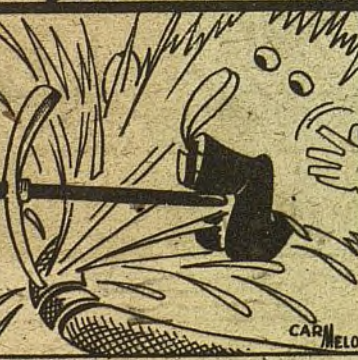
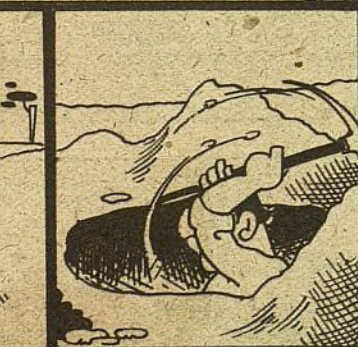
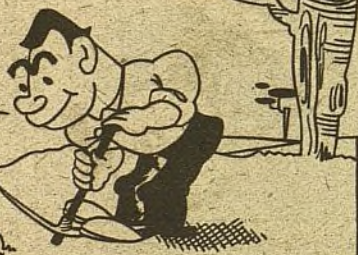
Luego miré a mi alrededor, pero nadie se había dado cuenta y no pasó nada.

Mari-Pepa



EL TESORO

ESTE DEBE SER EL LUGAR DONDE EL PIRATA BEN-SIQUIHERES, OCULTÓ SUS RIQUEZAS



¡YA ESTÁ AQUI EL TESORO! ¡YA DI CON UN CUERPO DURO!

¿Qué quieres saber?



a Jacobita Serrano con muchos cariños Mari-Pepa

Jacobita Serrano, (Madrid).—Aunque cuando me escribiste tu cartita eras muy pequeña y tenías sólo cuatro años, como he tardado tanto en contestarte (y no por mi culpa ciertamente), supongo que ya habrás aprendido a leer y escribir y no necesitarás de tu papá para entender mi respuesta. Tengo nueve años, un montón de juguetes y me encanta jugar a cocinas. Mi peinado es como lo ves siempre en los cuentos y para que lo tengas como recuerdo, te dedico mi retrato. Muchos saludos a tu papá y besos para ti de mi parte.

Rosalía Pérez Ahumada, (Madrid).—Siento haber tardado tanto en poderte consolar pero, Rosalía, el motivo no es para tanto. ¿Que no te sienta bien ningún peinado? Me parece que eres demasiado exigente. En fin, como no me explicas tu fisonomía, yo no puedo aconsejarte más que a ciegas y si acierto será por casualidad. Si tienes afición a escribir versos, puedes mandarlos a este semanario, pero no a mí, sino a la Sección de Colaboración. ¿Qué tal van esos recitados? Te mando muchísimos besos y abrazos.

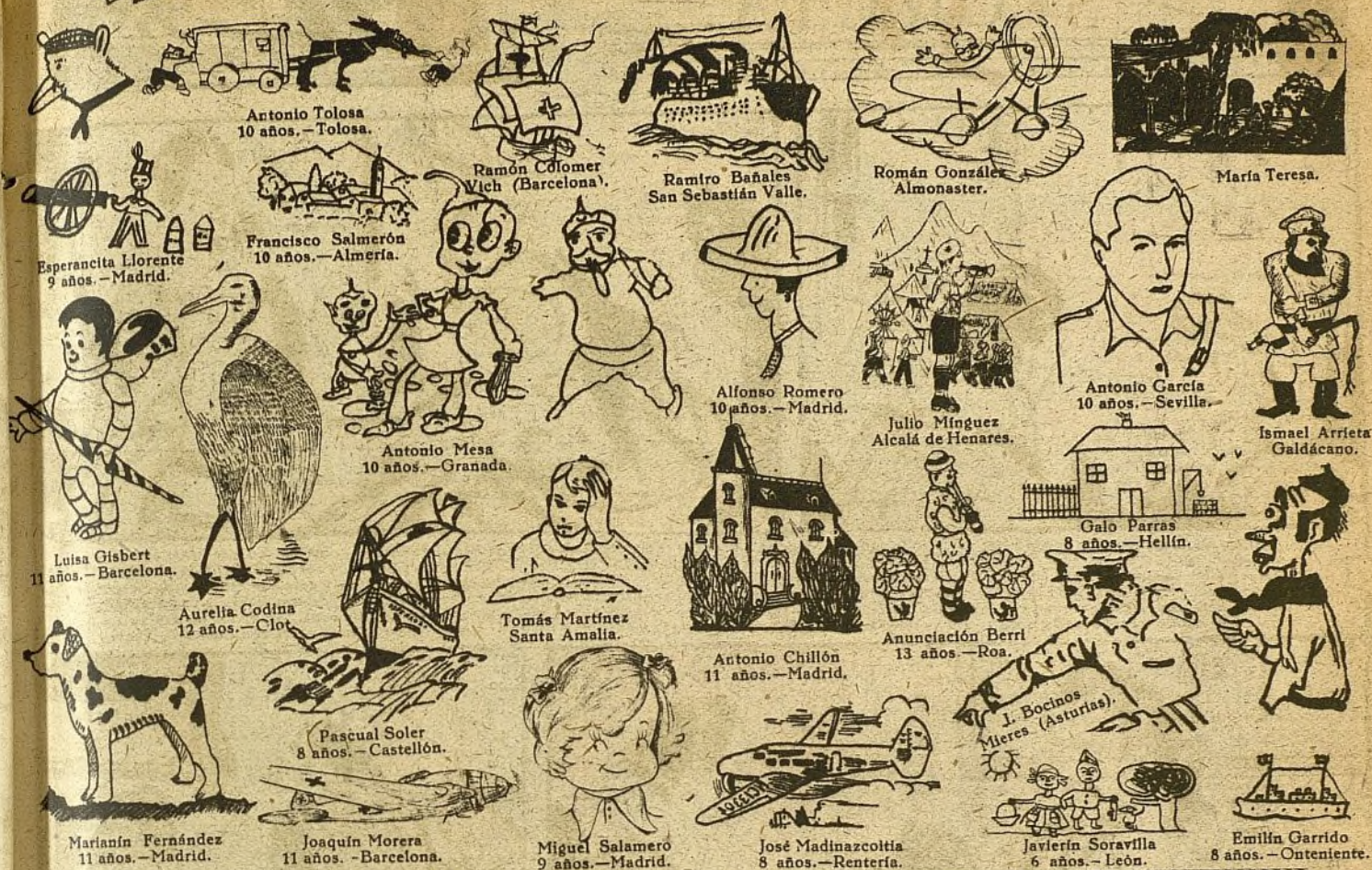
Marija Muñoz, (Puerto de Santa María).—Encantada de tenerte por amiga. Supongo que como 'asidua lectora de «Flechas y Pelayos», no habrás perdido la paciencia y habrás seguido esperando cada semana mi respuesta. Pues aquí la tienes, porque en este mundo todo llega. Te mando el modelo de pantalla sencillito, que espero sabrás hacer fácilmente, pues pareces chica lista y además muchos millones de besos.

Maria Eugenia Salaverri, (Bilbao).—Claro que quiero ser amiga tuya. Las manchas de hierro y vino, si son sobre tela que no pierda el color, se quitan con un poco de limón y poniéndolas al sol. Aquí va mi retrato dedicado, vestida de aldeana. Te quiero mucho y te mando un abrazo.

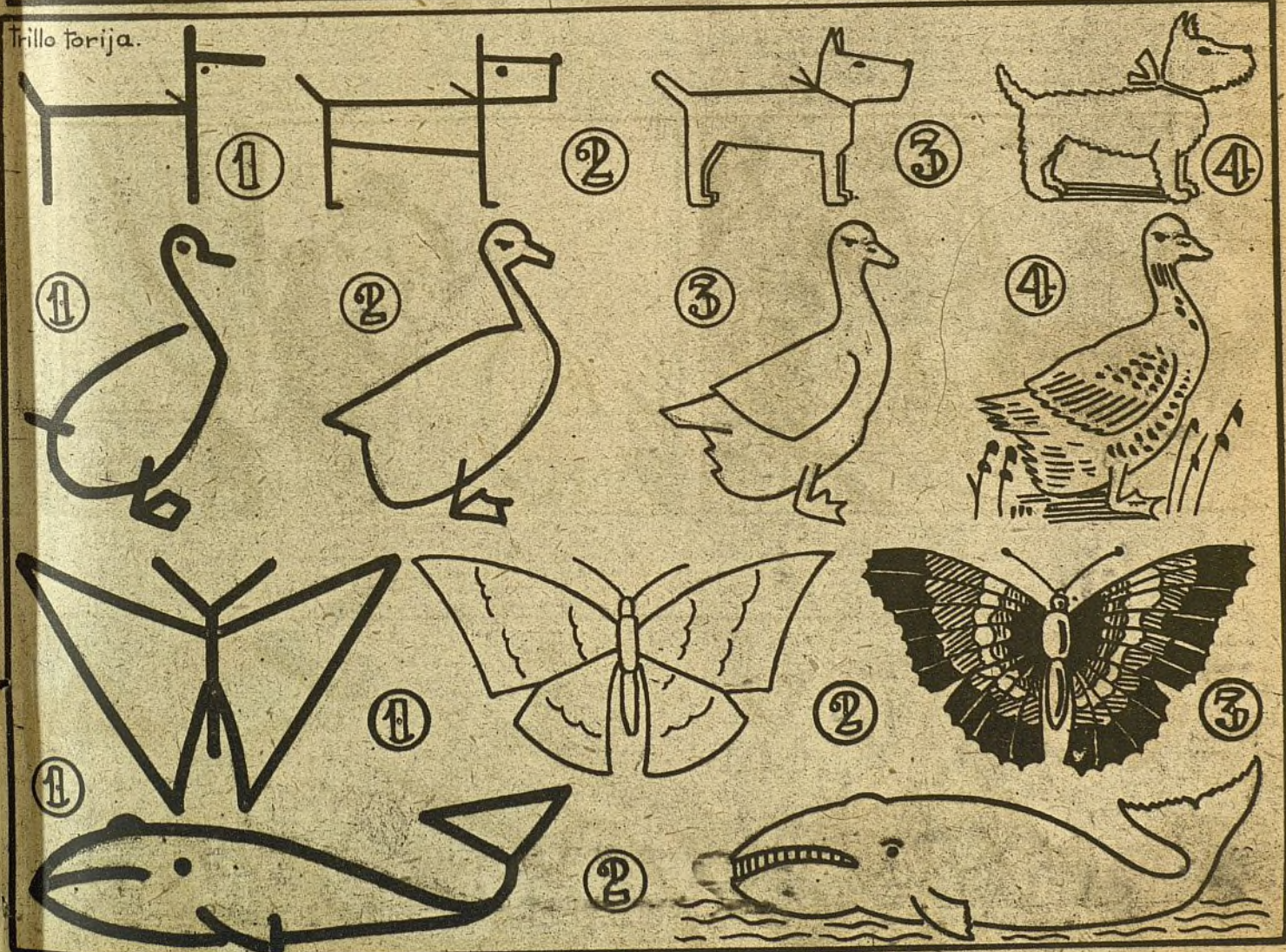
Duly y María Luisa Martín, (Madrid).—Recibo tu segunda carta. Como no recuerdo si contesté a la anterior, te envío el modelo de peinado que me pides. Vosotras también me sois muy simpáticas y os envío dos abrazos muy grandotes.

Correspondencia.—Desea Catalina Lumeras, Barrio de Luna, 2, 2.º Cáceres, con niña de diez a doce años.—También Amparito Fernández Otero, calle D. Remondo, 5, principal, Sevilla, con niña de trece a quince años.—MARI-PEPA.

COLABORACIÓN de NUESTROS LECTORES



Dibujo Infantil



Dibujo de animales. - Traza con mucho cuidado, repétidas veces, y a mayor tamaño, el esquema número 1 de cada figura. Conseguida cierta soltura en este ejercicio, te será fácil encajar los restantes diseños. No aprietes el lápiz. Usa lo menos posible la goma de borrar.

LA ESTOCADA SECRETA.

TEXTO ORIGINAL

DE VALLE



Al día siguiente, cuando la condesita entró en la cámara donde se hallaba la camarera mayor, oyó de labios de ésta, la conversación que había sostenido con su padre el día anterior. Muy triste quedóse la condesita María al oír aquellas declaraciones. —«Mi padre quiere que acepte la petición de mano del señor de Campal, pero yo no estoy dispuesta. ¿Qué me aconsejáis, mi señora? —«Hija mía, debéis de tener paciencia, yo creo que Dios no os dejará de su mano y el capitán Egido logrará ser dueño del título que tanto necesitáis para haceros felices». Cuando llegó a oídos del capitán Egido la negativa que la camarera mayor había recibido de labios del conde, padre de su novia María, se entristeció visiblemente. —«No tengáis pena, capitán —le dijo la camarera— pronto podréis conseguirlo ya que vuestro arrojo y valor os llevarán a la victoria». Cuando se halló el viejo conde a solas con su hija, le planteó



el asunto que hacía días iba acariciando en su mente. —«Hija mía. El caballero Campal anoche me insinuó el deseo de pedir os por esposa. ¿Qué contes táis?». La condesita María, que siempre había obedecido las indicaciones de su padre sin réplica alguna, no pudo en esta ocasión obedecerle como tenía por costumbre y encarándose con él, contestó humildemente. —«Imposible, padre y señor mío. Antes iría a un convento que consentir en unir mi vida a la de un hombre que detesto profundamente». El conde montó en cólera ante la desobediencia de su hija y para castigar su atrevimiento mandó al día siguiente que a primera hora saliera acompañada de su dueña en una diligencia, en dirección de uno de sus castillos perdidos en la montaña, donde estaría recluida en concepto de presa, para que tuviera tiempo de meditar y aceptar lo que él se había propuesto. Detrás de las rejas de la celda que le habían



destinado, la condesita María lloraba sin cesar, por el trato duro que le había dado su padre. Apenas podía hablar con la dueña que la cuidaba y se pasaba las horas muertas tras de los cristales contemplando el cielo azul que se mostraba a sus ojos como una promesa. Gran disgusto tuvo el capitán de la Guardia Real, cuando se enteró de la desaparición de su novia. Una de las noches en que salía, libre de guardia, con sus compañeros de armas, se cruzó con el conde señor del Campal quien al pasar a su vera comentó en voz alta: —«Nuestro gallardo capitán está pálido, pálido por no tener un título honorable ¡ja, ja, ja!». Egido no pudo contenerse y echando mano a la espada se puso en guardia invitándole a batirse. Mas los otros compañeros más serenos, que veían en aquella provocación del malvado, un motivo para destituir del cargo al capitán, se interpusieron, logrando llevarse a éste. —(Continuará)

